

ANIMATRÓNICOS

ITOWNGAMEPLAY
BERSGAMER



TOWN & BERS
ANIMATRÓNICOS

mr̄

© iTownGamePlay, 2017

© Bersgamer, 2017

Edición y fijación del texto: José Manuel Lechado y David Ruiz

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de cubierta: © Sergio Galarza

Fotografías de contracubierta: cortesía de los autores

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-270-4286-5

Depósito legal: B. 5.191-2017

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Parte I. Asesinato en la Taquería de la Chilanga

Capítulo 1. Oká	13
Capítulo 2. Ni modo	21
Capítulo 3. Pareidolia	35
Capítulo 4. La de cuadritos	41
Capítulo 5. El mole poblano de la abuela Chilanga	49
Capítulo 6. Un viaje al subconsciente	59

Parte II. Sueños con ovejas eléctricas

Capítulo 7. La ira de los animatronics	81
Capítulo 8. En apuros con un delfín mecánico	97
Capítulo 9. El golfo de las tormentas	115
Capítulo 10. Entre rejas	135
Capítulo 11. Ataque y fuga... o al revés	151
Capítulo 12. ¿La batalla final?	167

Capítulo 1

OKÁ

El cartel decía «se buscan agentes de seguridad». Ahí estaba ahí, pegado con cinta americana al escaparate de la taquería, como si les hubiese estado esperando. Los dos se miraron una al otro, dieron otro bocado a sus tacos de tinga de pollo y tragaron haciendo mucho ruido.

—¿Tú crees que podemos dar el pego como agentes de seguridad, Town?

—Seguramente, Bers. No lo dudes.

—¿Pero qué sabemos nosotros de seguridad?

—No mucho. Aunque por otra parte, después de lo que nos pasó en España, un poco hemos aprendido, ¿no?

—Por lo menos sabemos unas cuantas cosas acerca de lo que no hay que hacer, ¿verdad?

—Verdad —asintió Town con la boca llena y soltando algunas migajas grasientas en todas direcciones.

Solo llevaban en México desde hacía casi dos meses y medio. En concreto setenta y dos días. El plan original había consistido en viajar y hacer un poco de turismo durante el primer mes, para luego buscar y encontrar trabajo en el segundo. Sin embargo, no habían tenido suerte. La Maldición de Moctezuma les había obligado a pasarse el primer mes atrincherados cerca de algún cuarto de baño. Así que poco turismo. Ahí fue cuando se acostumbraron a contar los días. Llegado el segundo mes, ya recuperados y perfectamente acostumbrados al agua del Defe, las semanas se les habían ido cruzando la ciudad de un lado para otro, sonriendo en muchas entrevistas de trabajo que, al final, siempre se torcían por una pregunta concreta, un gesto o una mirada. Veamos un típico ejemplo:

—¿Seguro de que conocen ustedes Teradata? —les habían preguntado en una ocasión.

—Claro, claro —habían respondido los dos al unísono mirando el escote con todo descaro a la entrevistadora, que estaba de muy buen ver, la verdad.

—Tetadata, ¿no? Quiero decir... —se sonrojó Town.

—¿«Tera» significa cuatro veces, no? —preguntó Bers.

En otra ocasión tampoco es que les fuera mucho mejor:

—Yo domino Microsoft Office, nivel avanzadísimo, sí, sí, ya lo creo —aseguraba Bers en otra entrevista.

—Como si lo hubiéramos parido —asintió Town—. El Office quiero decir.

—¿Y saben ustedes algo de macros? —les había preguntado el entrevistador.

—¡Claro! —se entusiasmó Town—. ¡Mi primo y yo somos superfans de Shoji Kawamori!

—Él un poco más que yo. Yo soy más de Masamune Shirow.

El entrevistador les miró entonces muy sonriente y pulsó el botón de su intercomunicador.

—¿Seguridad, pueden venir un momentito?

Todo lo achacaban a su mala suerte, aunque... La verdad, cabría preguntarse si era solo cuestión de suerte o es que eran un poco tarugos. Otro ejemplo:

—¿Seguro que saben ustedes cómo cambiar un grifo?

—¡Claro, claro! Lo hacemos por el método español, no se preocupe —sonreía Town, enseñando los dientes, donde quedaban restos de enchilada.

—Por si acaso... ¿Cuál es el teléfono de los bomberos en México? —preguntó Bers, que volvía empapado del cuarto de baño—. Creo que he roto algo al querer lavarme las manos.

Así llevaban casi seis semanas, dando tumbos de entrevista en entrevista, tachando anuncios de periódicos en taquerías cada vez más oscuras y con mayonesas más sospechosas. Por suerte

el mes de preparación diarreica les había puesto el estómago a prueba de bombas. Les habían advertido mucho sobre que no bebieran agua del grifo. Claro que si vas a vivir en México una larga temporada y no tienes un centavo, tampoco vas a ir de fino. Casi mejor empezar de duro.

Ya estaban sospechando que no era buena idea ir juntos a las entrevistas de trabajo. A fin de cuentas, si es difícil encontrar trabajo para uno, no digamos ya para dos a la vez. Mientras planeaban su siguiente jugada y la posibilidad de dividir esfuerzos, dieron con otra taquería de mala muerte, situada al fondo, pero muy al fondo, de un centro comercial sombrío y antiguo en la avenida de Cuauhtémoc, el rey azteca que tan valerosamente combatió a los invasores españoles. Claro que este detalle, a Town y a Bers les daba igual, porque no tenían ni idea.

Era una covacha asquerosa, lo que en España se suele llamar un tugurio. Unos animatronics animaban a un grupo de niños cantando una y otra vez *Las Mañanitas del rey David*. Era una murga insoportable, pero el olor de la comida les hizo sentirse obligados a entrar, sentarse y pedir algo. No era el mejor restaurante del mundo, pero... Qué diablos, puede que fuera justo el peor. Sin embargo, no estaban las cosas para andar escogiendo. El taco de billetes mexicanos, que se parecían tanto a los del Monopoly, y que se habían agenciado nada más aterrizar en el Distrito Federal, se estaban empezando a mostrar muy huidizos en el fondo de sus bolsillos. Como Dios aprieta pero no ahoga, mientras saboreaban un taco con mucha salsa y muy poca carne, vieron plantado ante sus ojos aquel cartel que podía cambiar sus vidas.

Se levantaron, se acercaron a la pared, le echaron un vistazo, luego lo arrancaron, lo volvieron a leer y se fueron a hablar con la taquera, una chica morena con cara de sueño y una camiseta amarilla estampada con unas simpáticas caricaturas de los animatronics.

—Tenemos mucha experiencia en seguridad, ¿sabes? —le dijo Town.

—No se admiten devoluciones —les respondió ella, sin hacerles mucho caso. O incluso ninguno.

—No, no. Lo que queremos es preguntar por lo de la oferta de empleo de este cartel —señaló Town, con el cartel en una mano y medio taco en la otra.

—¡Ah, es por eso! Claro. Siéntense un momento, que ahorita viene a verles el dueño, ¿oká?

—¿O qué? —parpadearon confusos. Todavía no dominaban la jerga local. Pero la chica, que les había calado por su acento, les señaló su mesa para que volvieran a sentarse y se esfumó para aparecer un minuto después seguida por un mexicano tripudo y sonriente que se sentó frente a ellos.

—Así que buscando trabajo, ¿eh, gringos?

—Sí, sí. Pero no somos gringos.

—No me sean nabos. Es una forma de hablar. Y díganme, ¿tienen experiencia en seguridad?

—Seguramente, seguramente.

—¿Y en establecimientos de comida rápida? —siguió preguntando sin dejar de sonreír.

—Claro, claro. Hemos comido tacos en dos continentes ya. Por lo menos.

—Excelente. Creo que valdrán para el puesto. No hay más que verles para darse cuenta de que son buenos muchachos.

El caballero se presentó como Maximiliano Salazar y un minuto después les estaba presentando a la soñolienta mesera, Lupita —que resultó ser su hija—, a los cocineros, Chapu y Oswaldo, y a la viejecita que pasaba la fregona, doña Eulalia.

Lupita estudiaba cine en una escuela de Coyoacán, y ayudaba a pagar los estudios trabajando para su padre, que era menos reñidor como jefe que como padre. Chapu y Oswaldo eran un par de veracruzanos amigos de la infancia. El primero era muy alto y el segundo muy bajo, no paraban de discutir sobre anécdotas de sus tiempos mozos y contaban a todo el que quería escucharles que habían huido de la costa en dirección al Defe por alguna cuestión de faldas que explicaban de forma tan misteriosa que no se entendía nada. Y en cuanto a doña Eulalia, que aparentaba más de ochenta años y tenía la piel arrugada como una maqueta de la Sierra Madre, no dejaba de mirarlos y dedicarles una triste sonrisa casi despoblada de dientes.

—¡No me los mire así, doña! —le dijo el señor Salazar, dándole un codazo y soltando una risita aguda—, ¡que me los va a asustar!

—Ay, m'hijito —suspiró ella, mirándole encorvada—, es que me acuerdo de Faustino y Edgarcito y me da cosa. Se les parecen tanto...

—¿A quiénes nos parecemos? —preguntó Bers, más que nada por ser amable con la anciana.

—¿También eran muy guapos? —sonrió Town, guiñándole el ojo izquierdo.

Sin embargo, la doña no tuvo ocasión de contar sus historias: el señor Salazar agitó la mano, cada cual volvió a su sitio y dejó así claro quién mandaba allí. Luego ordenó a Lupita que se diese un aventón a la barra y trajese el tequila de cerrar tratos. La Taquería de la Chilanga tenía de nuevo personal de seguridad. Y no era momento de contar recuerdos tristes que atrajesen la mala suerte. Con unos tragos de genuina agua de fuego brindaron por el nuevo trabajo.

Town y Bers comenzaron a trabajar aquella misma noche. No era muy divertido, ni demasiado aventurero. Se habían imaginado con un revólver y una gorra de plato, puestos a la entrada para impedir el paso a posibles maleantes. Pero allí estaban, en la trastienda, en un cuarto cerrado de paredes de hormigón desnudo que olía a pimentón, a aceite y tortillas, mirando las pantallas verduzcas de unos monitores de seguridad de la Edad Media. Su trabajo consistía en seguir el paso lento de las cámaras que iban y venían, barriendo el local desierto y oscuro, una imagen hipnótica que se mecía de lado a lado, con enorme lentitud, mostrando la nada hacia un lado, la nada hacia el otro, mesas vacías con sillas apiladas sobre ellas, la barra abandonada a un lado, los animatronics inmóviles, congelados en mitad de una canción, en el otro extremo del local. Y así una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... Vamos

que era un trabajo muy aburrido al que, no obstante, se entregaron con la dedicación que les caracterizaba.

Por la mañana les despertó el ruido del cierre levantándose y apenas tuvieron el tiempo justo para recordar dónde estaban, estirarse en las sillas, colocarse la ropa y frotarse los ojos para no parecer que acababan de volver a la realidad.

—¿Qué tal la primera noche en el trabajo? —preguntó Lupita, abriendo la puerta del cuarto.

—Todo tranquilo —respondieron los dos a la vez.

—¿Alguien ha visto el cuchillo de cortar el pan? —llegó tras ella la voz del Chapu.

—Lo meterías en el lavavajillas, y mira que te tengo dicho que no metas los cuchillos en el lavavajillas, que se les va el filo con el agua caliente, wey —le gruñó Oswaldo.

—¡Pinche pendejo! —le replicó Chapu.

—¡¡A quién le llamaste pendejo, chingón!!

—¡¡¡A ti, costal de papas!!!

—Empieza la fiesta —resopló Lupita—. Todos los días la misma canción. Váyanse a casa, chicos. Les veré a la noche, ¿oká?

—Oca, oca —respondieron los primos.